

El Eclesiastés

En aquel tiempo debió de escribirse uno de los libros más singulares de la literatura hebrea, el *Cohélet* o *Eclesiastés*. Desde el tiempo de Antíoco Epifanio, Israel estaba calenturiento. Pare el cristianismo con dolor; sufre por la humanidad. Este libro está escrito, contrariamente, por el más calmado de los hombres, a quien no turban el mesianismo ni

el patriotismo. Es un escéptico, un epicúreo, pero con matices que hacen de su libro uno de los más originales y encantadores que existen en el mundo.

La ficción que utiliza como fundamento es muy transparente. Ohlt, hijo de David, ha sido un rey poderoso, edificador, gozador, dado a las mujeres, al vino, a la sabiduría, sabio parabolista, curioso de todas las cosas de la naturaleza; rasgos todos que se adaptan perfectamente a Salomón. Aquel rey célebre le parece el más adecuado al autor para el objeto que se proponía, que era demostrar la vanidad de todas las cosas.

«Todo es vanidad.» Ese es el resumen, veinte veces repetido, de la obra, que se compone de párrafos cortos, cada uno de los cuales contiene una observación, un modo de considerar la vida humana, cuya conclusión es la frivolidad universal. Lo pasado se parece a lo presente; lo presente se parece a lo que será el porvenir. Lo presente es malo, lo pasado no era mejor, lo porvenir no será preferible. Quimérico será cualquier intento para mejorar las cosas humanas, porque las facultades y el destino del hombre tienen límites infranqueables. El abuso es eterno y el mal que se creía suprimido aparece de nuevo, más enrevesado que antes de su supresión.

Ohlt afirma que ha experimentado todas las ocupaciones de la vida, y todas son vanas. El placer, el poder, el lujo, las mujeres, no ocasionan más que pesares. La ciencia sólo sirve para cansar el espíritu. Nada sabe el hombre: nada sabrá jamás. La mujer es un ser absurdo, un genio del mal.

El crimen es un acto loco, pero la cordura y la piedad tampoco encuentran recompensa. Hay malvados más llenos de honores que el virtuoso. Hay virtuosos más cargados de infortunios que el malvado peor. La sociedad está mal organizada; los reyes son malos y egoístas; los jueces, perversos; los pueblos, ingratos y olvidadizos.

La auténtica sabiduría práctica consiste en disfrutar con tranquilidad de la fortuna alcanzada con el trabajo; vivir dichoso con la mujer a quien se quiso de joven; en no pensar que por muchos esfuerzos que se hagan se vencerá al destino; en no ser demasiado rico ni demasiado pobre; en aceptar los principios del mundo sin combatirlos ni tratar de afrontarlos; en practicar una filosofía moderada y de justo medio, sin celo ni misticismo.

Una doctrina así entre los griegos y entre nosotros pasaría por impiedad y se asociaría íntimamente a la negación de la Divinidad. Pero era la de un judío consecuente, libre de las exaltaciones nacidas cuando la sublevación asmónea.

El autor no era ateo, y creía que se debía ir al templo y practicar el culto establecido, pero evitando en ello, como en todo, el exceso. El impío es un loco, que desafiando a Dios se expone al peligro más terrible, pero el devoto exaltado es un necio, que cansa a Dios con sus oraciones repetidas, y creyendo honrarle, le desagrade.

Es asombrosa tal serenidad de juicio en medio de las luchas de la época en que se escribió el *Eclesiastés*. Daniel, los Macabeos, las ideas mesiánicas y apocalípticas no existen para el autor, lo cual no es de extrañar. La fe en la resurrección y en el juicio final, que sacó a Israel del ca-

llejón religioso sin salida en que se hallaba, no arrastró a la masa de la nación. Los grandes rebeldes del año 70, los energúmenos del tiempo de Adriano, el autor del libro de Judit, el del libro de Tobías, son fieles aún a la antigua filosofía. En el *Talmud* queda en suspenso el problema. El judío no es resignado como el cristiano: para éste, la pobreza y la humildad son virtudes; para aquél son desgracias que conviene evitar. Los abusos y violencias que dejan tranquilo al cristiano, indignan al judío, y por eso actualmente el elemento israelita se ha convertido para los países que lo poseen en gran elemento de reforma y de progreso.

El templo de Jerusalén existía cuando se escribió el libro, y en él florecía el culto. El sacerdocio estaba organizado con cierto poder temporal. Había pietistas celosos que exageraban las prescripciones y falseaban la religión con demasiado celo y autoridad. Jerusalén era residencia de una monarquía y una corte, en la que aspiraba a brillar la gente algo notable. Las dinastías y las ciudades independientes abundaban en Siria y se hacían guerras sin fin. Parece que no existía ningún poder grande como el de los aqueménidas, Alejandro, los Tolomeos, los seléucidas o los romanos.

Aquel momento histórico pertenecía a los asmóneos. Había perecido el poder de los seléucidas, cediendo el lugar a pequeñas dinastías locales, o ciudades autónomas. Aunque procedente de un fervoroso fanatismo, la dinastía de los asmóneos (sobre todo desde la ruptura de los fariseos con Juan Hircano) llegó a ser bastante profana. Alejandro Janneo y Juan Hircano son reyes como los demás, religiosos por costumbre y por política, crueles, ávidos, malos y en el fondo muy poco devotos.